

II. NOTAS

SI DIOS FUERA HEMBRA. EL PODER FEMENINO EN *MIL AÑOS MENOS CINCUENTA* DE ÁNGELA ABREU

Denise León

Universidad Nacional de Tucumán

11. Alá, sí, conoce perfectamente a los que creen y conoce perfectamente a los hipócritas.
12. Los infieles dicen a los creyentes: “¡Seguid nuestro camino y cargaremos con vuestros pecados!” Pero, si ni con sus propios pecados cargan nada... ¡Mienten, ciertamente!
13. Llevarán, ciertamente, su carga juntamente con la ajena. El día de la Resurrección tendrán que responder de lo que se inventaban.
14. Enviamos Noé a su pueblo y permaneció con él durante mil años menos cincuenta. Luego, el diluvio les sorprendió en su impiedad.
15. Les salvamos, a él y a los de la nave, e hicimos de ella un signo para todo el mundo.

La araña (Al ankabût)-*Corán*

Al pensar en nuestra propia vida es imposible recordarlo todo, por lo tanto solemos imaginarla como una apretada síntesis en la que se distinguen varios personajes. En su primera novela, *Mil años menos cincuenta* (Siruela, 1997) la periodista brasileña Ángela Abreu (ahora conocida como Ángela Dutra de Menezes) reconstruye, entre la crónica histórica y el relato poético, nueve siglos de historia familiar signados por la presencia de diferentes matriarcas. Abreu había trabajado previamente en los periódicos *Última Hora* y *O Globo* y fue editora asistente en la sucursal brasileña de la revista *Veja*. A los 48 años publica su primer libro, *Mil años menos cincuenta*, con el que obtuvo el ‘Premio Autor Revelación’ en la Bienal do Livro 1995, y al que luego seguirán *Santa Sofia*, *O avesso do retrato* y *El portugués que nos parió*.

Mil años menos cincuenta parece originarse en una foto familiar, en una búsqueda de los comienzos, que conduce a Abreu desde el Brasil hacia los orígenes y la historia islámica de Portugal. A partir de un enmarañado ovillo de pasiones y ambiciones desmesuradas el texto construye la genealogía de la narradora como una memoria individual en la que converge un tejido de memorias que se modifican, se superponen y se impregnan unas de otras. El tiempo de la escritura es un presente que se expande

constantemente en la medida en que la memoria personal crece y se agiganta reclamando para sí las memorias de 1000 años de una historia familiar transmitida de generación en generación, a través de voces femeninas. La narradora recupera, como Noé, mil años menos cincuenta y, al igual que el relato bíblico, la novela culmina con un nuevo nacimiento: la última Urraca, quien viajará a través del océano para salvaguardar la historia de la familia y recomenzar en el nuevo continente.

INSCRIPCIONES

El elemento religioso es un constituyente fundamental de la historia nacional portuguesa a la cual la historia familiar se encuentra indisolublemente unida. Las causas religiosas parecen ser un elemento distintivo que los hombres de Coimbra abrazan con la misma pasión que a sus mujeres. Tanto la *Biblia* como el *Coram* funcionan a la vez como intertextos y “relatos maestros” (Jameson, Frederic)¹ que se articulan dentro de la obra. Tanto en el uso de los epígrafes como en la circulación de los textos en la novela se advierte la necesidad, por parte de la narradora, de insistir en este doble origen religioso de Portugal y, por lo tanto, del Brasil.

Frederic

Cada una de las partes en las que se divide la novela —marcadas por blancos— es precedida por un epígrafe. Cincuenta y siete de ellos provienen del texto bíblico (12 de Mateo, 11 de Lucas, 8 de Juan, 3 de Marcos, 3 de Pablo y 1 de Daniel, también se incluyen textos provenientes del Génesis, Proverbios, Levítico, Eclesiástico, Eclesiastés, Sabiduría y Cantar de los Cantares). Siete de ellos provienen del *Coram* (así como el fragmento que titula al texto) y se completa el conjunto con una sentencia de la Inquisición, el lema de la revolución francesa, dos fragmentos de poetas portugueses y uno de un filósofo sufi.

Tanto la religión católica, como la musulmana y la judía sostienen formas de organización patriarcales: los padres dominan en las familias y en la sociedad, mientras las mujeres son excluidas de la vida pública y religiosa y solo gozan de cierta libertad entre los muros del hogar. La existencia de la mujer se justifica por la necesidad del hombre y para asegurar la continuidad de la especie. El Creador es percibido como un padre todopoderoso: no hay una diosa madre. Solo la paternidad es divina y soberana, y la maternidad, de alguna manera, anexa. Las representaciones de la maternidad se estructuran alrededor de dos figuras humanas: Eva y María. Eva, creada de la costilla de Adán, es casi una prolongación de su persona y, además, condena a todas las de su especie al provocar la salida del paraíso. Gran parte del discurso religioso consiste en advertencias hacia el varón para ponerlo a salvo del desastroso influjo que las pasiones

¹ Jameson, Frederic, 1989. *Documentos de cultura, documentos de barbarie*, Madrid: Visor.

y una mala mujer pueden tener sobre él. Y por otro lado, María, quien por obra del espíritu divino pasa de virgen a madre como única condición femenina posible, elevando la maternidad por sobre la naturaleza.

En el desarrollo de cada capítulo de la novela se establece una especie de contrapunteo entre los epígrafes enunciados desde un universo masculino y las conductas de las mujeres de la familia, que reclaman para sí la función profética que el texto religioso solo atribuye a los hombres y la reinterpretan. Pues ellas son capaces no solo de dar la vida (como Dios) sino de tejer las leyes ocultas que rigen los destinos y de prever el futuro de los miembros del clan. La narradora recorre esta genealogía religiosa masculina, al mismo tiempo que la impugna y la relea, ya que *Mil años menos cincuenta* no es la historia de los primeros padres, sino de las primeras madres y de sus verdades.

A partir de la relectura que hacen los personajes del texto bíblico (especialmente las matriarcas) podría decirse que Abreu se propone una mirada femenina y feminista de las genealogías cristiana y musulmana. En los saberes y descubrimientos de cada una de ellas se puede leer la genealogía religiosa de un modo invertido: si bien todos los hombres descendemos de un Primer Padre (Adán), según lo decreta el Génesis y el *Corán* comparte, Abreu reivindica el lugar de una Primera Madre que determinará el linaje y la historia posterior del clan (Urraca).

Aunque se establece una pareja fundadora de la stirpe (Urraca y Abul), los descendientes solo llevarán de Abul la marca física (sus ojos dorados), mientras que las verdades y las enseñanzas de Urraca serán lo que lo permitirá al clan mantenerse vivo sobre la tierra.

“En el momento del pecado, pecado autor de la vida, la mujer había decidido sola, había sido más poderosa que Dios... Si la mujer no osase, nada acontecería y los hombres, pobres hombres, todavía estarían reclusos en un triste paraíso, lugar donde nada sucede, donde no se piensa nada, nunca hay nada nuevo, sin la mujer todo el trabajo divino, incansables siete días y siete noches de extenuante labor, se habría perdido, ella había desobedecido, había concedido a esta obra la inquietud de la vida, había hecho surgir el mundo al invadir el espacio del Señor, celosamente, había reservado para sí, pues amor, placer y odio son sentimientos de los dioses, ah, a quién se parecía la mujer, eso ni Dios lo explicaba... eran las mujeres mucho más que imagen, mucho más que semejanza, ellas eran el propio Dios” (pág. 81)².

Este fragmento propuesto se encadena con muchos otros dispersos a lo largo de las páginas, conformando un motivo central dentro del texto: la lectura crítica feminista de la religión y su efecto sobre los hombres. Las mujeres, más sabias, entienden que los dioses vienen y van, no creen verdaderamente en ningún Dios (enseñanza fundamental

² Todas las citas sobre la obra corresponden a la siguiente edición: Abreu, Ángela. 1997. *Mil años menos cincuenta*, España: Siruela.

de la matriarca), pues Dios es un invento al que acuden los hombres ya que no consiguen vivir solos.

“por la voz de la abuela... aprendieron que el Paraíso estaba aquí y el tiempo, el tiempo que les había sido dado... nada antes, ni después, el Reino de Dios ya está entre nosotros” (pág. 35).

Las palabras, es decir, la historia y la cultura, son hechas por Dios, y como él, confusas, ya que solo conducen a los hombres al extravío o la muerte. Al vivir entre dos lenguas, dos señores, dos costumbres, la matriarca descubre una verdad que solo aprenderán las mujeres de Coimbra: “toda creencia es tonta, mentirosa cualquier fe”. Tanto el Dios cristiano como el islámico ocupan por turno el poder, ambos son poderosos pero igualmente crueles. La treta de Urraca, transmitida a sus hijas, consiste en fingir, en no creer verdaderamente en ninguno, en no aceptar a estos dioses que se llevan a los hombres a la muerte.

La narradora da incluso un paso más allá, al construir a la mujer fundamentalmente diferente a Dios, no hecha a su imagen y semejanza, sino alejada de estos rostros de la infelicidad y la muerte para erigirse en paradigma y fuente de vida. Se construye así una eternidad femenina y verdadera que es la de los hijos, e incluso sugiere la idea de que si Dios hubiera sido mujer, la historia de la humanidad habría sido diferente:

“...quién, Dios mío, entiende la vida pues un hijo no se pierde, al menos no debería, tan sólo el Padre Santísimo había escogido tal flagelo, pero no lo había tenido en el vientre, no lo había parido con dolores, no lo había alimentado a su pecho, era hijo pero no tanto, de ese dolor saben las mujeres, si Dios fuese diosa hembra, Jesús no hubiera ido al calvario” (pág. 299).

FUNDAMENTOS DEL UNIVERSO

La novela puede ser leída entonces como un gran árbol genealógico cuyas ramas principales son mujeres. Como afirma Josefina Ludmer respecto de *Cien años de soledad* de G. García Márquez³, el texto se arma sobre un árbol genealógico y sobre las relaciones de parentesco, ya que las relaciones de filiación, regidas por el orden cronológico, permiten avanzar linealmente en el relato. Sin embargo, este esquema se enriquece en el caso de Abreu a través de un “mapeo” de las formaciones que se producen en las junturas de estas tres culturas milenarias y los sucesivos desplazamientos y migraciones del clan.

Esta propuesta le otorga significación y materialidad a los espacios que desde un primer momento aparecen como dispositivos geográficos que expresan la identidad

³ Josefina Ludmer. 1985. *Cien años de soledad. Una interpretación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

del grupo. Los ancestros de Urraca han vivido desde siempre en el suelo de Coimbra, y es esta tierra de invasores la que imprime sus rasgos sobre el clan: la mezcla de sangres, el silencio, el fingimiento, los dos dioses, la determinación de vivir. Son las mujeres quienes se apropiarán de estos rasgos y, a partir de este momento, Coimbra se convertirá en mucho más que un dispositivo espacial.

Geografía imaginada a través de la palabra y el recuerdo se transforma en un modo de vivir que respira y palpita en las hembras del clan. Serán precisamente ellas quienes, en sus sucesivos desplazamientos, llevarán consigo esta patria migrante de historias y verdades, refundándola cada vez hasta cerrar el círculo y, finalmente, trasponer el océano. Los vicios y virtudes de la familia se hacen extensivos a la nación, descrita en el texto “como una familia más grande”. Coimbra, Lisboa, el Alentejo funcionan como metonimias del país e incluso de la humanidad, ya que la “historia de nosotros” también puede ser leída como la historia del género humano.

“A Pedro Antonio le costó entender lo sabido por la madre: Portugal y la familia, los defectos eran los mismos, sólo cambiaban de tamaño, en Portugal, aumentaban”.

En cada caso, lo femenino sostiene el universo. Hombres y mujeres conforman dos zonas desde el inicio de la historia y mientras las mujeres escogen la supervivencia, los hombres se encuentran condenados a perseguir la imposibilidad y la muerte a través de diferentes guerras absurdas.

“Ab’ul le devolvió la mirada, le envidiaba la determinación, la firmeza, la simplicidad de entender las cosas...” (pág. 28).

Los hombres, capaces de actuar pero incapaces de comprender las verdades, imaginarán Coimbra como una mujer cuyo hechizo los atrae, pues sus “ojos son difíciles de olvidar”. En cambio las mujeres imaginan la comunidad a la que pertenecen como un conjunto de verdades y enseñanzas a las que se está naturalmente atada⁴. Nada, excepto la estupidez, podrá despojarlas de este patrimonio cuya continuidad debe asegurarse para la supervivencia de la especie. Si bien la importancia de la memoria y el recuento de las verdades para la supervivencia de la estirpe se mencionan desde el comienzo del texto, será Celeste quien comprenda la dimensión imaginaria o inventada que actúa como fundamento de la familia y de la nación:

“...la gran utilidad del viaje de Mem fue hacer a Celeste entender por qué partían los barcos con tanta tripulación. Mitad era necesaria, necesitaba trabajar, mitad traía historias, dos problemas resueltos, se navegaba y se entorpecía al pueblo con leyendas fantásticas, una multitud sin separar los pies de la tierra pero necesitando ser

⁴ Aquí estoy pensando en la definición de nación como comunidad imaginada propuesta por Benedict Anderson, 1983, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México: Fondo de Cultura Económica.

cómplice, competente, la Nación, en la familia ni la más astuta de las matriarcas jamás había pensado tal cosa y todas ellas sabían que nada unía más a las personas que el orgullo, la emoción y la riqueza compartidos por todos, como sucede con las ideas”.

La semejanza entre los hombres y las mujeres de la familia no es solo física (a pesar de que en todos ellos se repiten los mismos ojos moros) ni de carácter, sino que se construye como una serie de determinaciones y estigmas que marcarán a cada sexo en la historia narrada. Las mujeres, más fuertes, escogen la vida, nada es más importante, y por la supervivencia harán cualquier concesión. Por un lado, cuidan de la historia y del clan, son las encargadas de conservar los recuerdos y las leyes, ellas mandan, fijan el precio del vino, el tiempo del arado y los días de vendimia. Son ellas quienes toman las decisiones, ya que poseen un saber negado a los hombres: el conocimiento de las verdades fundamentales.

Dentro de este grupo oscuro de mujeres que escogen sobrevivir, y a cuyas “fuertes manos femeninas” se entregan los hombres del clan, se destacan los nombres de algunas de ellas, cuyas enseñanzas y verdades se repetirán hasta desgastarlas y volver a recomenzar. Urraca, la primera matriarca, Ana Urraca, la única mujer del clan capaz de reír, Asrham, que introduce los modos del Corán en la familia, Isabel, cuyo cuerpo permite la continuidad del clan después de la desgracia y Aranda, con quien se incorpora a la familia el elemento judaico, son matriarcas que se presentan como una nueva verdad o enseñanza que enriquece el bagaje de este universo femenino.

“Entre las matriarcas, pocas dejaron tanto como Ashram, la familia aún la recuerda en el olor alegre de la casa, aroma llevado por ella, en la dulzura del azúcar (...) y cuando alguien se acuerda lo mucho que ella enseñó, dicen que son reglas eternas, aún lo serán en el futuro como lo fueron el pasado, todo de la misma manera, la manera fuerte de Ashram, si Dios quiere” (pág. 95).

“Celeste confirmó la regla aprendida por Branca, descubierta por Urraca, la enseñó a las descendientes: las decisiones caben a las mujeres, ellas, por permitirse la equivocación, se equivocan muchas veces menos” (pág.147).

“Aranda enseñaría a sus hijos la vieja lección de Coimbra, en la vida importaba la vida, el resto no preocupaba” (pág.175).

EL MUNDO DE LA VIDA

La novela se inicia con la voz de Abul, quien, temeroso ante la inminencia de una batalla absurda recupera en su recuerdo a Urraca y, junto a ella, a Coimbra. La figura de Abul, al igual que las otras figuras masculinas del relato, funciona como una estrategia para introducir a los personajes femeninos que cobran una fuerza desmesurada a lo largo del relato. Urraca, origen de la genealogía, impone su ley y su sustancia al clan, lo funda. Las sucesivas generaciones irán variando y transformando sus leyes, transmutándola y repitiéndola a través de las sucesivas generaciones. Las repeticiones unen a todas estas mujeres “hijas de Urraca”, hasta que nace una nueva Urraca que no

repite la marca del clan (los ojos moros), para volver a comenzar la historia, pero esta vez en Brasil.

El universo masculino se encuentra estigmatizado por la imposibilidad. Los lugares tradicionales atribuidos a cada uno de los sexos se encuentran invertidos en la novela. Son los hombres quienes aparecen como objetos de placer o instrumentos de poder, mientras las mujeres manejan los hilos de la historia. Tal como señala Carmen Perilli respecto de *Cien años de soledad*⁵, podríamos decir que en la historia propuesta por Abreu son ellos los poseídos por el furor que los arrastra hacia causas violentas e insensatas. Estarán siempre condenados a elegir la muerte o la locura, no las verdades que garantizan la vida. Las diferentes causas por las que luchan son construidas por la narradora como una única y absurda guerra.

Si bien su fuerza física cuenta para el trabajo, y asegurarán la reproducción del clan, de ellos nada permanece, excepto la marca física en los ojos. Hechos a la imagen y semejanza de los dioses, los hombres, representan un mundo absurdo y destructor frente al mundo femenino que es el mundo de la vida. Las causas a las que se entregan, religiosas primero y luego nacionales, resultan ajenas a las mujeres, apartadas de todo aquello que niegue las leyes cotidianas de la supervivencia.

Esta elección de la supervivencia justifica dentro del texto los distintos comercios a los que recurren las mujeres de Coimbra en su afán de persistir y salvar al clan. Frente a la muerte, cualquier prurito resulta inútil. La prostitución será el medio de subsistencia en Lisboa. Es a través del comercio del cuerpo femenino que el clan subsiste. Las mujeres, más sabias, acogen a los hombres en el acto sexual, tal como los acogieron alguna vez en su vientre. Da lo mismo que sea uno o cientos. Hay aquí una reivindicación del cuerpo femenino en la medida en que este es doble fuente de vida para el clan. (procreación y manutención), pero este pasado de prostitución permanecerá en secreto, ya que Isabel solo le contará la verdad a su hija.

MARCOS

Las heroínas de Abreu nunca están solas, ni siquiera en los momentos más íntimos, ya que piensan, sienten y actúan con la ayuda de los recuerdos de las otras matriarcas y de los códigos y leyes compartidos, aun cuando cada una de ellas posea memorias únicas y personales. La memoria individual siempre está enmarcada socialmente. Como afirma Elizabeth Jelin⁶ siguiendo una cita de Halbwachs, los marcos son portadores de la representación general de la sociedad, la visión del mundo animada por los valores del grupo.

El concepto tradicional de una identidad unívoca, (étnica, religiosa, genérica, racial) es cuestionado desde muchos frentes dentro de texto de Abreu. Como ya dije, en

⁵ Perilli, Carmen, 1989. *Imágenes de la Mujer en Carpentier y García Márquez*, Tucumán: Colección Ensayos 2, Universidad Nacional de Tucumán.

⁶ Jelin Elizabeth. 2002. *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI.

la formación del clan confluyen y se superponen facetas y trayectorias diversas provenientes al menos de tres grandes comunidades: la católica, la musulmana y, en menor medida, la judía. La narradora explora especialmente los elementos islámicos en los orígenes del Brasil. Acostumbrados a simular para vivir, la familia vivirá numerosas conversiones. Las sucesivas generaciones pueden pensarse como puentes, como puntos de contacto y conflicto entre diversas comunidades, cuyas enseñanzas se adaptarán a la ocasión de acuerdo con la sabiduría de cada matriarca.

La vocación nómada de la familia, puede ser leída también desde la perspectiva impulsada desde el feminismo por Susan Stanford Friedman, en Estados Unidos, y por la filósofa Rosi Braidotti, en Europa, quienes parten de metáforas geopolíticas en el deseo de trascender y desestabilizar límites prefijados para una identidad femenina⁷. La migración y el desplazamiento implican los cruces continuos de fronteras y las nuevas delimitaciones de las mismas donde se produce una reevaluación de las verdades aprendidas por las mujeres de la familia y una redefinición de la identidad.

A ninguno de los personajes masculinos le es dado conocer las verdades de la vida. Viejas verdades ya conocidas por Urraca. Este es un privilegio que solo alcanzan las mujeres, si bien dicho privilegio antecede a la muerte. El clan está condenado a la repetición de sus vicios y sus virtudes. La única novedad en la historia son los ojos inaugurales de la última Urraca, especie de primera mujer, de madre originaria, donde reside la esperanza final de un camino nuevo para Coimbra.

BIBLIOGRAFÍA

- Abreu, Angela, *Mil años menos cincuenta*. Madrid: Siruela, 1997.
- Afkhami, Mahaz, *Mujeres en el exilio*. Madrid: Siglo XXI, 1998.
- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Aries P. y DUBY G. (comp.), *Historias de la vida privada*. Tomo V. Madrid: Taurus, 2001.
- Augé, Marc, *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- Benjamin, Walter, *Discursos Interrumpidos I*. Madrid: Taurus, 1989.
- , *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid: Taurus, 1991.
- Braidotti, Rosi, *Sujetos nómades*. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- Certeau, Michel de, *La escritura de la Historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993.
- , *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana, 1999.
- Dominguez, Nora y Perilli Carmen (comp.), *Fábulas del género. Sexo y escrituras en América Latina*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo, Editora, 1998.
- Gauchet M., Manent P. y Rosanvallon P. (dir.), *Nación y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1997.
- Heller, Agnes, *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península, 1998.

⁷ Me refiero a los textos de Susan Stanford Friedman y Rossi Braidotti citados en la Bibliografía final del trabajo.

- Jameson, Fredric, *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid: Visor, 1989.
- Loroux, Nicole, “¿Qué es una diosa?” en *Historia de las Mujeres, La Antigüedad*. Tomo I, dirigida por Georges Duby y Michelle Perrot. Madrid: Taurus, 1993.
- Ludmer, Josefina, *Cien años de soledad. Una interpretación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985.
- Lulle, T., Vargas, P. y Zamudio, L. (coords.), *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*, II. Barcelona: Anthropos, 1998.
- Molloy, Silvia, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Perilli, Carmen, “Mujeres e Identidad en la narrativa latinoamericana a fines del milenio”, en *Memorias de JALLA, Tucumán 1995*, vol. II. Tucumán: Proyecto Tucumán en los Andes, 1997.
- Perilli, Carmen, *Historiografía y Ficción en la narrativa hispanoamericana*. Tucumán: Humanitas, 1997.
- Perilli, Carmen, *Imágenes de la mujer en Carpentier y García Márquez*. Tucumán: Colección Ensayos 2, Universidad Nacional de Tucumán, 1989.
- Scott, Joan, “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en *De mujer a género. Teoría, interpretación y prácticas feministas en las ciencias sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993.
- Stanford Friedman, Susan, *Mappings. Feminism and the cultural geographies of encounter*. Volumen XVII de la Revista *Dispositio*, 1992, dedicada a viajeros desde el siglo XVI hasta fines del SXIX.
- Volumen XXIX de la Revista *Anthropos*, 1991, “La autobiografía y sus problemas teóricos”.